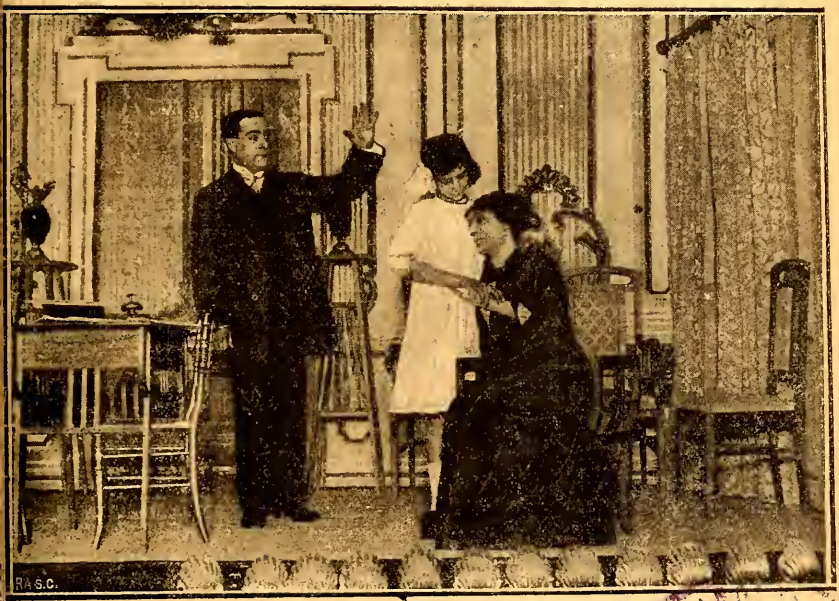
1561

FEDERICO GIL ASENSIO

Calor de besos

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



Sr. Rodrigo Niña Muñoz Sampedro Sra. Cobeña

Copyrigh, by Federico Gil Asensio, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

PROPIEDAD

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/calordebesoscome2257gila

CALOR DE BESOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CALOR DE BESOS

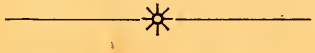
COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

FEDERICO GIL ASENSIO

Estrenada con gran éxito en el COLISEO IMPERIAL la noche del 7 de Junio de 1912



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1912

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
AURORA	Sra.	Cobeña (J.)
LUCILA		Martín Gómez.
DOÑA VIRTUDES		Rodríguez (E.)
BLASA		Espejo (J.)
PETRA	Srta.	Abad.
CONCHITA, 8 años (1)	Niña	Muñoz Sampedro.
ENRIQUE	Sr.	Rodrigo.
DOCTOR		Aguado.
LESMES		Cano.

La acción en una finca de recreo, próxima á Madrid
Época actual.—Verano

Derecha é izquierda, las del actor

(1) En defecto de la niña, puede encargarse de este papel una joven actriz, pero procúrese evitar la sustitución.

ACTO UNICO

Gabinete lujoso. Dos puertas á la izquierda y una al foro. A la derecha, primer término, otra puerta, y, en segundo, una ventana. Al centro de la escena, un velador. En segundo término, izquierda mesa de escritorio, con timbre eléctrico. Es de día.

ESCENA PRIMERA

AURORA y el DOCTOR, sentados y en actitud de consulta

Aur. Créame, Doctor: fío en usted y en su ciencia; tengo ansias de curación porque pienso en mi pobre hija, que puede ser muy desgraciada... Pero, en ocasiones, pierdo la fe... y todo me parece inútil.

Doctor A usted le perjudica su imaginación; piensa usted demasiado, y, con eso, destruye la eficacia de mi tratamiento.

Aur. Acaso tenga usted razón.

Doctor Sin duda. Las afecciones morales requieren tranquilidad de espíritu: las medicinas no triunfan sin la voluntad del enfermo. Usted no tiene voluntad para curarse... y advierto una desconfianza peligrosa.

Aur. ¡Confiar!... Usted no sabe cuánto he sufrido...

Doctor Atienda mis consejos, cumpla mis prescripciones, y recobrará la salud y la alegría. No se trata de un caso difícil: una fuerte im-

613036

presión nerviosa, un profundo abatimiento... ¡Bah!... Repito que eso lo cura la voluntad bien dispuesta.

Aur. (Desconfiada.) ¡Ay, Doctor!... Se dice muy bien: «Viva usted tranquila, despreocupada; crea mentira el daño que padece, y fórjese la ilusión de una vida risueña... ¡cuando el sufrimiento más cruel nuble su propia existencia!» (Abatida.) ¡Imposible!...

Doctor Yo probaré lo contrario.

Aur. Agradezco su interés...

Doctor (Levantándose.) Hay que calmar esos nervios y ese corazón; hay que resistir bravamente las contrariedades...

Aur. Son muchas... (Se levanta.)

Doctor No importa; concédales menos importancia, niégueles valor... y empieza la mejoría. (Breve pausa.) Sin embargo, no abandone usted el tratamiento. Ya sabe usted: las gotas, dos veces al día, y, el éter, en cuanto se declare un acceso.

Aur. Lo que usted me mande.

Doctor (Sonriente.) Y á proponerse la curación. (Dirigiéndose á la puerta foro.)

Aur. (Ingenuamente.) Propuesta. (Sigue al Doctor.)

Doctor (Parado puerta foro.) Ese es el remedio.

Aur. (Llamando.) Petra... Acompaña al Doctor. (Mutua reverencia.)

(Petra cruza por el toro.)

ESCENA II

AURORA

Tiene razón: estas enfermedades no se curan con medicamentos... (Se oye la bocina de un automóvil.) ¡De sobra lo sé!... (Abre la ventana.) ¡Así; quiero luz, aire, vida, ¡la vida que me falta! (Pausa.) Ya parece que respiro mejor. (Asomándose á la ventana.) Con el aire del campo recobro la alegría del vivir. (Retírase de la ventana.)

ESCENA III

DICHA y PETRA, por el foro

Petra Señorita...
Aur. ¿Qué ocurre?.
Petra La señora de Rivas pregunta por usted.
Aur. (Con extrañeza.) ¿La señora de Rivas?... (Hace memoria.) ¡Ah, sí! Dile que pase. (Medio mutis Petra.) Oye... (Detiénese Petra.) Tu primera obligación es abrir todas las ventanas; lo exige mi delicada salud.
Petra No se me olvidará. (El aire, siempre el aire!... ¡Pobrecilla!...) (Mutis por el foro.)

ESCENA IV

AURORA

¡Vaya con la señora de Rivas!... Cualquiera acertaba de pronto... Menos mal: aun tengo amigas cariñosas que me distraigan con sus visitas.

ESCENA V

DICHA y LUCILA, por el foro

Luc. (Con franca alegría.) ¡Aurora!
Aur. (Con cierto júbilo.) ¡Lucila!... ¿Tú por aquí? (Se besan.)
Luc. Tenía muchos deseos de verte.
Aur. Y yo á ti. (Se sientan.) Te advierto que he estado á punto de no recibirte.
Luc. (Sorprendida.) ¿De veras?
Aur. De veras. No recordaba el apellido de tu esposo... actual. ¡Has sido tan afortunada!...
Luc. Di lo contrario. Por desgracia mía, guió á á todos la inconstancia...
Aur. ¿Y á este?
Luc. A este... le guío yo. Creo que será estable. (Con desenfado.) Llegó el turno feliz.

Aur. Te veo muy contenta. (Ansiedad reprimida)

Luc. Y yo te encuentro muy tristona... ¿Qué te pasa... Imítame... Las penas envejecen, y debemos cuidar la hermosura... que es nuestra única defensa.

Aur. Dices bien: yo debía imitarte. Pero... ¡si no puedo! Tú y yo, ¡somos tan diferentes! Varían nuestro carácter, nuestras aficiones, las maneras de pensar y sentir; y, sobre todo, tu suerte y la mía.

Luc. Me creo dichosa.

Aur. Fundadamente. Pasas el tiempo en continua carcajada: bulles, coqueteas y triunfas mimada por el hombre que se rinde á tu albedrío.

Luc. También tú...

Aur. Yo ¡estoy enferma y no tengo derecho á ese mimo!

Luc. ¿Por qué?...

Aur. (Amargamente.) ¡Por enferma!

Luc. (Compadecida.) (¡Tiene razón!) Cuídate y piensa en distracciones. No carezcas de nada, porque Antonio es bueno y te quiere.

Aur. ¡Me quiere... y me abandona!

Luc. (Asombrada.) ¡Cómo!...

Aur. Te contaré la verdad; tú eres una loca, pero tienes un gran corazón y sabrás compadecerme.

Luc. (En tono humorístico.) Gracias por los elogios... aunque el de loca me pertenece. Y conste que no es vanidad.

Aur. Antonio, ¿te parece bueno? (Asiente Lucila.) A mí, no. Mi quebrantada salud le aflige menos de lo que debiera.

Luc. No me lo explico.

Aur. Yo, sí. Antes pude significar un lujo, un capricho, un orgullo quizás; hoy, enferma, acuso un estorbo. Sola, no puedo molestarle; solo, puede divertirse. Así lo entendió... y por París corre á sus anchas. (Irónica.) Los asuntos le obligaron á ese viaje... de recreo.

Luc. Estoy asombrada.

Aur. Al marchar, me dejó unas pesetas; prometió escribirme á diario, y en los dos meses de su ausencia he recibido una postal... con honores de telegrama. Antonio se fué aburrido.

Luc. Eso es grave... muy grave... (Pausa.) Y ¿te ha enviado más dinero?...

Aur. No.

Luc. ¡Eso es más grave!

Aur. Ahora no lo necesito.

Luc. Pues pídelo ahora: cuando lo necesites, no te lo darán. Yo, cuanto más tengo, más pido. Sí, chica, sí; hago vida práctica... (Pausa.) Y ¿qué me dices de tu nena?

Aur. Que está monísima y hecha una moza. Ella es la compensación de todas mis amarguras. Mandaré que la vistan, y, entre tanto, si te parece, daremos una vuelta por el jardín. (Toca el timbre.)

Luc. Me parece bien por si te distraes un poco.

Aur. Vamos... (Se levantan.)

ESCENA VI

DICHAS, y PETRA por el foro

Petra ¿Qué manda la señorita?

Aur. La señora de Rivas almuerza hoy conmigo.

Luc. No, no; de ningún modo. Gracias, pero á Cándido le molesta comer sin mi compañía.

Aur. Has de atender mi ruego; Cándido te perdonará una leve falta... de asistencia. Cuatro mimitos... ¡y tan contento! (A Petra.) Ya lo sabes: lúcete en obsequio á la señora. (Por Lucila.) Y viste á la nena.

Petra Está bien.

Aur. (A Lucila.) Cuando gustes. (Petra abre la puerta de la derecha.) Por aquí. (Mutis Aurora y Lucila, por la derecha.)

ESCENA VII

PETRA; luego CONCHITA

Petra La señora de Rivas, ó mucho me engaño, ó es una pájara de cuenta. ¡Qué de composturas y qué de perfumes gasta la tal señora! Gracias á que todo está abierto...

Con. (Dentro.) ¡Mamá!...

Petra (Aproximándose á la segunda izquierda.) Cállate, que ya sube. Y no empieces á dar guerra... como todos los días. (No he visto criatura más revoltosa; pero tampoco la he visto más simpática. ¡Me la comería á besos!...)

Con. ¡Chacha!

Petra ¿Qué?

Con. Quiero el chocolate.

Petra ¡A buena hora!... (Se abre la segunda izquierda, y sale Conchita.) ¡Demonio! Pero ¿te has vestido tú sola?

Con. Yo solita; así, no me regañas...

Petra ¡Buena la habrás hecho!... A ver... (Fijándose en cómo está vestida.) No está mal, señorita... ¿Y los zapatos?... ¡Sin atar!

Con. Atamelos tú. (Levantando el pie derecho.)

Petra Y los calcetines... ¡del revés! ¿Te parece bonito?... (Conchita se encoge de hombros.) ¡Pues así te quedan! (Pausa.) ¿No me das un beso?...

Con. Como te enfadas...

Petra Tengo razón que me sobra.

Con. Pues mira, te pones muy fea. ¡Rabia! (Restregándose los nudillos.)

Petra Ya no me enfado más. (Le da un beso Conchita.)

Con. (Zalamera.) ¿Me das el chocolate?...

Petra Sí, te lo daré.

Con. ¿Con muchos bizcochos?...

Petra Sí... ¡golosona!

Con. ¡Te quiero mucho!...

Petra Por los bizcochos, ¿verdad?...

Con. Y por el chocolate.

Petra ¿Ves como no me quieres?...

Con. Sí te quiero; sí te quiero... (Besando á Petra.)

Petra ¡Zalamera!. . ¡Embusterilla!...

Con. ¿Y mamá?...

Petra He dicho que está en el jardín. Cuidadito con molestarla... ó me pondré más fea que antes.

Con. (Tímida.) ¿Más fea todavía?...

Petra Más aún... ¡salada!

Con. Bueno, chacha; no me riñas... y dame eso...

Petra Cuando suba mamá; si ella quiere que lo tomes...

Con. (Rabiosilla.) ¡Fea!... ¡fea! .. (Mutis por el foro.)

ESCENA VIII

PETRA; en seguida, BLASA por el foro

Petra Esta criatura no hace caso de nadie, pero nadie le puede regañar.

Blasa (Desde la puerta foro.) ¿Quién hay por aquí?

Petra Pase usted, Blasa. ¿Trae las medicinas?

Blasa (Adelantándose.) Ná me s'ha olvidao. (Nombra lo que va entregando.) El etre, las píndolas y el otrotanto ese.

Petra Estrofanto (Sonríe.)

Blasa Como se llame. ¡Tién un nombre tan raro estas boticas!... Güeno, tóo lo que manda la receta. Ahí va. (Le da un sobre.) Y toma las perras que m'han sobrao. (Se las entrega.) Y esto. (Un ticket.)

Petra Sí, el ticket (Deja los medicamentos.)

Blasa Y... ¿qué es eso?

Petra Lo que marca el importe de la compra.

Blasa (Indignada.) ¡Miá el pillo del boticario!... ¡Se pensaría que iba yo á poner demás!... Cuando vuelva le digo las treinta mil.

Petra Mujer, eso es costumbre.

Blasa Pues yo no se las he dicho, ¡pero se las diré! (Pausa.) Y... ¿qué hay del señorito? ¿Se sabe algo?

Petra Ni siquiera escribe.

Blasa ¡Probe señorita!... (Pausa.) ¿Y tu compañero? ¿Tampoco escribe?... (Maliciosamente.)

Petra Tampoco. Me da lo mismo.

Blasa Pa mí que ella se quea sin marido, y tú... sin pretendiente.

Petra ¿Sin qué?...

Blasa ¡Hazte la tonta!

Petra ¡Si no podemos vernos!...

Blasa Ahora, no; ¡miá tú qué ocurrencia!...

Petra Ni antes.

Blasa M'haces reir. Yo, como vieja, sé lo que son las cosas. Cuando yo tonteaba con Lesmes, reñíamos cuasi á diario, cuenta que sin cuasi: ¡una de pellizgos!... ¡que quiero, que no quiero!... ¡y queríamos los dos!

Petra ¿Y ahora?

Blasa También nos queremos... y también reñimos. Lo natural: pa no aburrirnos, refunfuñamos; pero—la verdá—pellizgos ahora...

Petra ¡Claro que no! (Mirando hacia el foro.) La niña me está haciendo alguna barrabasada, como si lo viera.

Blasa ¿La niña? No m'hables d'ella: ¡va á estrozar el jardín!

Petra Veré por dónde anda, ¡que á lo mejor le da por arreglarme los guisos!... (Recoge los medicamentos.)

Blasa Que no te s'olvide: cuando haiga que dir á la botica ¡yo iré! (Con mala intención.) Ese tío ¡me las paga! (Mutis las dos; Petra por la primera izquierda, Blasa por el foro.)

ESCENA IX

AURORA y LUCILA por la derecha

Aur. (Jadeante.) ¿Ves? ¡Ya estoy fatigada! (Se sienta.)

Luc. Algo de debilidad. (Se acerca á Aurora y le pasa la mano por la frente.) ¡Estás sudando! (Se impresiona.)

Aur. Sí, pero esto se me pasa pronto; no es nada, no te preocupes.

Luc. ¡Vaya si me preocupo!...

Aur. Sufriendo á diario, se adquiere la costumbre del dolor, ¡y yo apenas recuerdo los días felices!... ¡Para qué!... Una alegría que se pierde es una pena al recordarla. Ya ves: no soy tan infeliz...

Luc. Yo me encargo de curar tu tristeza; no me contagies, y respondo del éxito.

Aur. Gracias, Lucila.

Luc. ¿Cómo te encuentras? (Vuelve á pasarle la mano por la frente.)

Aur. Mejor. (Respira con libertad.) Ya te dije: es cosa de momentos.

Luc. Menos mal. (Aprovechemos.) Con franqueza, ¿harás lo que yo disponga?

Aur. Lo que tú quieras.

Luc. Ahora mismo escribes á Antonio.

Aur. ¿Con qué fin?

Luc. Con el de hacerte dichosa. Yo redactaré la

carta, ¡y ya verás el efecto!... (Le ayuda á levantarse y la conduce á la mesa escritorio.)

Aur. ¡Pero, mujer, si es inútil!... (Se sienta y dispónese á escribir.)

Luc. Ya lo veremos, tú escribe. (Dicta.) «Monín de mi alma.»

Aur. (Absteniéndose.) No me parece serio.

Luc. Es un principio que me da buen resultado, y te lo recomiendo segura de su eficacia. Pon el monín, ¡y muy clarito!... (Escribe Aurora, y Lucila continúa dictando.) «No tienes vergüenza...»

Aur. Eso me parece duro.

Luc. Sí, pero es verdad. Sigue y no temas, que va muy bien. «No tienes vergüenza si dedicas una hora más á los asuntos—subraya los asuntos—que han servido de pretexto para separarte de tu hija y de la mujer que has hecho desgraciada. Eres un infame despreciando los besos de la niña y los abrazos de...»

Aur. No sigas: el final será mío. (Sigue escribiendo.)

Luc. Pero no le trates con blandura. La manteca al principio, luego palo ¡mucho palo! Conozco á los hombres y abrigo la convicción de que cuanto más débiles somos más abusan de nosotras.

ESCENA X

DICHAS; CONCHITA por el foro

Con. ¡Mamita!

Aur. (Apartándose de la mesa.) ¿Qué quieres, gloria? Ven; saluda á esta señora, que ha preguntado por ti.

Con. (Retrayéndose.) Me da vergüenza...

Luc. ¿Por qué?... Ven conmigo, y dame un beso.

Aur. (Conteniendo á la niña.) ¡Límpiese usted! ¡Está usted guapa con esos morritos!... (A Lucila.) Sí, porque no te daría un beso, te serviría... el chocolate. (Conchita se limpia los labios restregándose con la mano.) ¡Esa no es manera de limpiarse! (Enérgicamente.) Con el pañuelo. ¡Acérquese usted! (Se acerca Conchita y Aurora

la limpia con el pañuelo.) Ahora dé usted el beso. (Conchita besa á Lucila.)

Luc. (A Aurora.) Es una alhaja. (A Conchita.) ¿Te gustan los dulces?

Con. (Abiertamente.) Muchísimo.

Aur. (A Conchita.) Ahora es cuando debía darte vergüenza.

Luc. (A la niña.) Pero... ¿no te da?

Con. No, señora.

Luc. Pues mira el regalito que te traigo. (Un paquetito que entrega á la niña.)

Aur. (A Conchita.) ¿Cómo se dice?...

Con. Muchas gracias. (Abre el paquetito.)

Aur. (A Lucila.) ¡Para qué te has molestado!...

Con. (Con alegría.) ¡Mira, mamá, mira cuántos bombones!

Aur. Y... ¿no le das uno á esta señora?

Con. Y otro á ti.

Aur. ¡Riquísima! (Con gran satisfacción.)

Luc. Para ti todos.

Aur. Uno ahora; los demás para luego. (A Lucila.) Le has acertado el gusto: se muere por el chocolate. ¡Hasta se pinta con él!...

Con. Mamá: ¿quieres que vaya al jardín?

Aur. Vé; pero mucho cuidado con estropear las plantas. Y no tardes. (Mutis Conchita por la derecha.) ¡Hija mía, qué triste porvenir el suyo! (Pausa.) Pero... no me había dado cuenta: quítate el sombrero. ¿Es que no tienes confianza ó te encuentras mal aquí?

Luc. Es que, francamente, á almorzar no me quedo.

Aur. Bien; tú sabrás... no quiero insistir.

ESCENA XI

DICHAS, menos CONCHITA; LESMES, que trae un hermoso ramo, por el foro

Les. (Muy decidido.) Con permiso.

Luc. (¿Con permiso de quién?...)

Aur. A ver qué traes.

Les. Las flores que ha pedío la señorita. ¡Y que son poco majas! (Enseñando el ramo.) ¡Ni pintás!

Aur. (A Lucila.) ¿Verdad que es un lindo ramo?
Luc. Precioso.
Les. (A Lucila.) ¡Güela usté, güela! (Aproximándole el ramo á la nariz.)
Luc. (Retirándose.) (¡Qué bruto!)
Les. No hay otro igual.
Luc. (Se reconoce...)
Les. ¡Miren ustés qué rosas tan frescas! ¡Si daba pena cortalas!
Luc. Cierto que es una lástima.
Les. Mi mujer m'arma un tiberio cuando arranco alguna.
Luc. Muy natural: ustedes las cuidan y ustedes han de protegerlas.
Les. ¡Que si las cudiamos!... Por mí, tampoco se cortaba denguna. Pero lo manda la señorita... y pa la señorita ¡bien van toas las flores!
Luc. (Menos mal: es galante.)
Aur. Agradezco tu amabilidad. Son para esta señora...
Les. Güeno: lo mesmo da. (Con picardía.) (Tampoco le van mal á esta...)
Aur. (A Lucila.) ¿Has oído? Que es igual.
Luc. Ya, ya; profundamente agradecida.
Aur. (A Lesmes.) Baja y entrégalas al chauffeur.
Les. De seguida. (A Lucila.) Y si la señora quiée más flores...
Luc. ¿Más?... No; mil gracias.
Les. (Con entusiasmo.) (¡Rediez si es guapa!... ¡Qué suerte tiéen los señoritos!...) (Comprendiendo su importunidad.) Voy, voy... Se lo entrego al chufler... (Mutis por el foro.)
Luc. ¿Cómo puedes tolerar semejante criado? Es un perfecto imbécil.
Aur. Muy tosco, pero muy honrado; lo prefiero á otros que seducen con su falsedad.

ESCENA XII

DICHAS y DOÑA VIRTUDES por el foro

Virt. (Afecta cansancio.) ¡Ay, nena, (Por Aurora.) qué lejos vives! Créeme: se necesita todo el valor que yo tengo para llegar hasta aquí. (se sienta.)

Aur. (Mordaz.) ¡Sí, doña Virtudes, mucho valor!...

Virt. Aunque os parezca mentira, ¡he venido á pie!

Aur. ¡Ya, ya!...

Virt. (A Aurora.) Y á todo esto, ¿cómo te encuentras? ¡Estás paliducha!...

Aur. Mal, muy mal. (¡Qué poca vergüenza!...) Usted como siempre, ¿no es así?

Virt. Siempre lo mismo.

Aur. (Sonriendo sarcásticamente.) Sí, ya lo veo...

Luc. (A doña Virtudes.) ¿Fuiste á casa?

Virt. Sí; me dieron el recado, y aquí me tienes, interesándome por la salud de Aurora.

Aur. Pues hace tiempo que estoy enferma...

Virt. Yo lo ignoraba. Discúlpenos nuestra larga ausencia. Por lo demás, te guardo el afecto que en justicia te corresponde.

Aur. Estimo el honor...

Luc. Disparos de atenciones...

Virt. Como tía, con esta, (Por Lucila.) y como amiga leal, contigo, á las dos he procurado la mejor suerte. Para las dos he sido la misma. (Orgullosa.)

Aur. ¡Igual para las dos!... Como esta he disfrutado el parentesco... (Ironía.)

Virt. Sin mis amantes consejos, ¿qué sería de vosotras? Probablemente no tendríais qué comer.

Aur. ¡Quién sabe!... (Con doloroso acento.)

Virt. Favorecidas por mí, que os señalé una senda de flores, vivís en grande, vestís á la moda... ¡lo que no soñábais!

Aur. ¡Tiene usted razón!

Virt. ¡Qué útiles fueron mis instrucciones!... Sin ellas, te habrías casado con aquel infeliz pintamonas, con Enrique, y disfrutarías las comodidades que brindan el trabajo... incierto y un porvenir... imaginado. ¡Un edén!

Aur. (Ofendida.) ¡Sería menos desgraciada! Aquel infeliz artista era un hombre digno, honrado á carta cabal. Me ofreció cuanto tenía: un corazón sano, una inteligencia clara y una actividad plausible. ¡Merecía otra suerte!... ¡No perdono mi injusticia!

Luc. Tristezas, no. ¡Tantas veces he sido injusta... y se me olvidaron todas!... Veo que eres una niña sensible.

Virt. Aurora no cambia.

Aur. Perdí la salud, la alegría y la tranquilidad... ¡Si os parece que he cambiado poco!...

Luc. Suspéndase el debate—como dice mi amigo Cordero—y vámonos. (A doña Virtudes.) Ya es tarde, y temo que Cándido se impaciente. Se aburre sin mí—tanto me quiere—y no me gusta dejarle solo.

Aur. ¿Por corresponder?

Luc. (Francamente.) ¡Por si se escapa!...

Aur. Bueno era el mío, ¡y se fué!

Luc. Sírvate el ejemplo... Conque, chica, sabes que soy tu mejor amiga.

Virt. Y yo... (Doña Virtudes y Lucila dispónense á marchar.)

Aur. Sí, lo sé: ¡mi protectora! (Sutil ironía.) No soy desagradecida. (Las tres dirigiéndose al foro.)

Luc. Cuídate, Aurora... (Se besan Aurora y Lucila.) Ya volveremos.

Aur. (Contesta á Lucila al tiempo que dedica á doña Virtudes una mirada de absoluto desprecio.) Cuando quieras.

Virt. Hay que consolar á la enferma. (Doña Virtudes y Lucila hacen mutis por el foro.)

Aur. (Llega hasta el fondo.) Es difícil, ¡muy difícil! (Vuelve á escena.)

ESCENA XIII

AURORA

Ellas á triunfar, á reir, á gozar de la vida... Yo... á sufrir sin tregua con el recuerdo de glorias que no vuelven; con un presente que me acobarda y un porvenir ¡que me horroriza! (Se oye nuevamente la bocina del automóvil.) Me resignaré á todo. (Asomándose á la ventana.) Bien... sí... (Muy expresiva.) ¡Adiós! (Menos expresiva.) Adiós. (Pausa.) ¡Felices vosotras las que no sentís! (Alejándose de la ventana.) Mala ó buena, ¡qué desgraciada soy!... (Reflexiona.) No, no tengo razón para quejarme; un ángel me sonríe: una hija cariñosa que no comprende su destino y alegra con sonrisas de inocen-

cia la fatalidad de una madre equivocada.. (Pausa.) ¡Siento frío!... (Yendo hacia el foro.) Petra... (Al llegar á la puerta foro, tropieza con Enrique.)

ESCENA XIV

DICHA y ENRIQUE

Aur. ¡Cómo!... ¡Enrique!... (Impresión violenta.)

Enr. (Con relativa tranquilidad.) Sí, yo... ¿no me esperabas?...

Aur. Extraño su atrevimiento. (Airada.) ¡Petra!...

Enr. No llames... Le he dicho que soy de confianza... y observo que ni me tuteas. ¡Nueve años de ausencia destruyen la mayor intimidad! (Adelantándose.)

Aur. Caballero, su visita me compromete

Enr. Quizás sea yo el perjudicado...

Aur. (Con altivez.) ¡Me ofende su descortesía!

Enr. La verdad se dice que ofende cuando no adula... Yo no te juzgo tan mal como mereces, y aún te creo capaz de oirme arrepentida.

Aur. ¡Eso es una crueldad!

Enr. No me niegues el derecho á recriminarte. Es lo menos que puede otorgar tu penitencia; la razón... ¡me otorgaría mucho más!

Aur. (Suplicante. Enrique, vete: ¡me das miedo!

Enr. Sólo eso eres capaz de sentir: miedo. Pero vergüenza de tí misma, pesar de tu deshonra, compasión del daño que me hiciste, ¡eso, no! ¡No tienes alma para tanto!...

Aur. ¡No me martirices!... Perdona á la inconsciente de ayer, y compadece á la infortunada de hoy.

Enr. Tú sola debes culparte.

Aur. (Justificándose.) No: ¡yo soy la víctima inocente!

Enr. El recurso de todas tus similares: sois flexibles para el capricho y magnánimas con vuestras culpas. No perdonais las ajenas y razonais las propias; vuestro orgullo impide la bondad de una confesión al hombre honrado que os sirvió de juguete.

Aur. Yo no soy así; yo merezco tu perdón.

Enr. Te falta conciencia.

Aur. ¡No! (Protesta enérgica.)

Enr. Sí, ¡porque te perdonas tú!

Aur. (Sollozando.) ¡Lloro mis culpas!

Enr. Yo he llorado por ti.

Aur. ¡Hemos llorado los dos!... (Aurora y Enrique cruzan una mirada indescriptible, reveladora de un mundo pasional. Momento de intensa emoción en ambos.)

Enr. (Apasionado.) Aurora... ¿por qué me engañaste?... ¿por qué tus dulces palabras, promesas de dichas, no fueron mensaje de tu alma?...

Aur. Juro que no mentían.

Enr. Entonces, ¿quién fué mi enemigo?

Aur. ¡La fatalidad, que es mi compañera!

Enr. Sé que estás sola, que te abandonó ese amante por quien sufrí tu desprecio...

Aur. (Con voz lastimera.) Ya conoces mi suerte... (Con interés.) ¿Cuál fué la tuya?...

Enr. La recompensa de tu daño. He satisfecho mis aspiraciones de gloria, y satisfaré las del cariño, de un cariño reparador de tu encono.

Aur. Sacia el tuyo y gózate en mi desventura. Ese favor concedéis á las desgraciadas!... (Movimiento de resignación.) ¿Te casaste?

Enr. Me casaré con una española que reside en Londres. Iré pronto, muy pronto... (Pronúnciase el disgusto de Aurora.) ¡Buena muchacha!... ¡mejor que tú!... Ya ves: acoge nobleza desechadas.

Aur. ¡No limitas tu ensañamiento!

Enr. Será la última vez que te moleste.

Aur. Que me tortures con memorias amargas... ¡No es lo mismo!...

Enr. Hablo á tu conciencia para dignificarte. Conozco tu pasado, imagino tu presente y descubro tu porvenir... Fuiste mala conmigo; sé buena con los demás... Te lo aconseja un ofendido... ¡que perdona! (Muy conmovido.)

Aur. ¡Compadéceme!... (Llora.)

ESCENA XV

DICHOS, PETRA, por el foro

Petra Señorita... (Enseñando una cajita.)
Aur. ¡Qué...! (Disimula el llanto.)
Petra Es la hora de tomar la medicina; y como el doctor me recomienda la puntualidad... (Abre la cajita.)
Aur. Sí... sí...
Petra Ahora son las píldoras... Dos... Pero no se le olvide á la señorita...
Aur. Bien; déjalas.
Petra (Deja el medicamento.) (¡Juraría que ha llorado!) (Mutis por el foro.)

ESCENA XVI

DICHOS menos PETRA

Aur. (Con voz apagada.) Ya lo sabes: ¡enferma!
Enr. Enferma y desamparada... ¡Fruto de tu desvío!
Aur. ¡Ten corazón!
Enr. ¡Corazón!... Destrozaste el mío y lo reclamas ahora, ¡cuando no lo tengo para nadie!... Fuiste mi primer amor, acaso el único de mi vida; tu ambición ó tu torpeza destruyeron un mundo de esperanzas... y, si fueras feliz ¡me halagaría tu suerte! (Nobleza en la expresión.)
Aur. Tu bondad me aflije, y lloro... ¡de vergüenza!
Enr. (Tierno.) No llores; y si lloras, ¡que yo no te vea! (Muy conmovido.) ¡Esa es mi crueldad!
(Aurora inclina la cabeza en señal de convicción; Enrique, al verla así, refleja en la mirada un sentimiento de piedad.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y CONCHITA, que trae en la mano una tarjeta postal, por la derecha

Con. (Con el mayor júbilo.) ¡Mamá!... (Mostrándole la postal.) ¡De papaíto!... (Se sobrecoge al ver á Enrique.)

Enr. (Con un gesto de sorpresa.) ¿Eres... madre?

Aur. Mi sola fortuna, ¡mi razón de vivir!

Enr. ¡Aún puedes dignificarte! Cumple tu deber sagrado... Y no llores... (Enternecido.) no llores... ¡porque me inclinaría á adorarte al pensar en tu inocencia!

Aur. Perdón... (Lee visiblemente contrariada; sus ojos adquieren la exaltación de una ira máxima.) («Con rumbo á América... Lo requieren sus negocios.» ¡Infame!...) (Estruja y muerde la postal.)

Enr. (Luchando con su voluntad y parado en la puerta foro.) ¡Adiós!... ¡Y sé dichosa!...

Aur. (En un arranque de pasión.) ¡Enrique!... (Flaquean sus energías y busca apoyo en el velador.)

Con. ¿Viene papá?..

Aur. (Con dolor profundo.) ¡No viene!...

Con. (Asustada.) ¡Mamá, mamá!. . ¿Qué tienes, mamita?...

Aur. Frío... ¡Frío en el alma! (Atrayendo á Conchita.) ¡Quiéreme mucho... bésame .. necesito el calor de tus besos! (La más exquisita y conmovedora expresión de afecto maternal. Madre é hija sollozan y se besan.)

Con. (Muy contrariada.) ¡No viene papá... no viene!

Enr. (Amoroso y compasivo, en un supremo arranque de pasión y nobleza.) ¡No llores, niña!... ¡Yo te juro que vuelve papá!... (Telón lento.)

FIN DE LA COMEDIA

UN VOTO DE GRACIAS

Conste mi sincera gratitud por el cariño y el interés que, á favor de esta obrita, cuya insignificancia reconozco, sintieron y demostraron los notables artistas encargados de interpretarla. Para Josefina Cobeña y Paco Rodrigo, mi primera expresión de reconocimiento y mi primer aplauso entusiasta, incondicional, como se debe al talento y el arte que ponen de relieve la gentilísima y admirable primera actriz y el no menos admirable primer actor y director de la compañía. Para las señoras Rodríguez, Espejo y Martín Gómez, felicísimas en sus respectivos papeles; para la señorita Abad, una doncellita interesante; para la encantadora niña Muñoz Sampedro, á quien esperan muchos y legítimos triunfos, y para los señores Aguado y Cano, aquel como sabio y afable doctor, y el último en calidad de graciosísimo jardinero, una ovación ¡y que se la repartan!

EL AUTOR

JUICIOS DE LA PRENSA

Con extraordinario éxito se estrenó anoche en este lindo teatro una comedia en un acto titulada *Calor de besos*, original del aplaudido autor y notable poeta D. Federico Gil Asensio.

La obra está admirablemente escrita, su asunto es interesante y se halla desarrollado con gran acierto.

El público celebró mucho las bellezas de la comedia y llamó al autor repetidas veces á la conclusión de su nueva producción, que seguramente permanecerá largo tiempo en los carteles del afortunado coliseo

En la interpretación estuvieron muy bien las Sras. Cobeña, Espejo, Martín Gómez, la señorita Muñoz y el Sr. Rodrigo.

(De *El Imparcial.*)

***

Federico Gil Asensio obtuvo anteanoche un grande y merecido éxito con un lindísimo boceto de comedia titulado *Calor de besos.*

Gil Asensio, que como periodista goza de justo renombre, ha sabido llegar al público con una fábula muy interesante y un diálogo, que demuestran sus excepcionales aptitudes para la literatura dramática.

Calor de besos tiene un argumento que conmueve desde las primeras escenas, manteniéndose viva la ansiedad del público hasta el desenlace, que es hermosamente humano.

En la interpretación de la obra se distinguen la señora Cobeña y el Sr. Rodrigo, que dieron á sus respectivos pápeles todo el vigor y fuerza necesarios. También fué muy aplaudida la señora Martín Gómez.

Al final de la obra el público aclamó al autor, que hubo de salir á escena infinidad de veces.

Calor de besos proporcionará muchas entradas al Coliseo Imperial y numerosísimos aplausos al distinguido redactor del *Mundo Gráfico*, Federico Gil Asensio.

(De *El Liberal.*)

***

En la última sección de anoche se estrenó la comedia en un acto titulada *Calor de besos*, obteniendo excelente acogida por el numeroso público que llenaba el local.

La obra está bien escrita, y al final de ella fué llamado á escena su autor, D. Federico Gil Asensio, que salió varias veces á recibir los aplausos del auditorio.

Las señoras Cobeña, Espejo, Martín Gómez, señorita Muñoz, señor Rodrigo y demás intérpretes, estuvieron discretos.—V. S.

(De *La Correspondencia de España.*)

***

Federico Gil Asensio, un escritor delicado y culto, estrenó anoche, con muy buen éxito, un lindo boceto de comedia, que hace honor á su firma y que lleva por título *Calor de besos.*

El diálogo, matizado con galanas frases, es siempre elegante; el asunto de la obra, de una simpática y dulce emoción.

Federico Gil Asensio triunfó, oyendo muchos y merecidos aplausos á la terminación de la obra, que fué interpretada con tanto cariño como acierto por Pepita Cobeña, señora Martín Gómez, señorita Muñoz y señor Rodrigo.

(De *A B C.*)

***

Los ya probados merecimientos dramáticos de Federico Gil Asensio recibían anoche nuevas sanciones con el lindo boceto de comedia que presentaba desde la escena del Coliseo Imperial. Un escritor que como Gil Asensio ha logrado hace tiempo destacarse, y cuyo temperamento poético nos ofrece á diario brillantes muestras, hace bien en proseguir el camino del teatro, iniciado, con innegable fortuna, en anteriores ocasiones.

Gil Asensio nos conduce en su nueva comedia á un momento grave de crisis sentimental para resolverle con cierta audacia. La protagonista, que un día hubo de acallar sus impulsos cordiales para unirse al hombre que prometiera redimirla económicamente, se encuentra, cuando la conocemos, olvidada, perdido él por lejanas tierras y entre nuevas aventuras. Solamente puede acogerse al cariño maternal,

exaltado en el desamparo de la hija de ella y del fugitivo. La reconstrucción de la vida en felicidad sería imposible, si Gil Asensio no se mostrase optimista y sincero en el final. El amante pobre y desdeñado de otros días aparece generosamente, ofreciendo junto á su amor el cariño de padre que faltaba.

Claro que en la brevedad del acto, harto ha hecho el autor con esbozar los caracteres. Realmente el mérito mayor de la obrita está en la sobriedad de su técnica, que nos permite esperar, confiados, empresas de mayor trascendencia.

La señora Cobeña y el señor Rodrigo lograron dar la efusión de sentimiento precisa á la escena principal, interviniendo también con gran acierto la señora Martín Gómez. Reclamada entusiastamente la presencia de Gil Asensio, hubo de salir á escena muchas veces en compañía de los artistas. — J. A.

(De *El País.*)

***

Un escritor joven, de sutil perspicacia intelectual y vibrante sensibilidad artística, que le han conquistado legítimos prestigios escénicos y literarios, Federico Gil Asensio, acaba de brindar al público una linda comedia, fina y delicada, henchida de ternura y templada por un cálido y trémulo aliento de emocion, que obtuvo el mejor éxito.

En esta obrita, poéticamente titulada *Calor de besos*, se aborda audazmente un íntimo problema éticosentimental, diestramente planteado y humanamente resuelto.

La nueva comedia fué acogida con unánime aplauso por los espectadores, que aclamaron calurosamente al autor, obligándole á salir muchas veces á escena, acompañado por los intérpretes de su obra.

(De *El Radical.*)

***

Federico Gil Asensio es un enamorado del diálogo culto, del sentimentalismo en la escena, y sacrifica por ello aun el éxito, si éste necesita la frase chocarrera, el efecto vulgar que llega fácilmente á las muchedumbres.

Y en *Calor de besos*, boceto de comedia estrenado anoche en el Coliseo Imperial, no se aparta ni un ápice de la marcha emprendida en *El lazo doble*.

Una mujer que ha gastado su juventud con unos y con otros se encuentra enferma, abandonada de su amante y con una hija que es su sola ilusión.

Y en estas horas amargas recibe la visita del hombre que antes de emprender el camino del vicio la pretendió para

unirse con ella ante el altar santo, y la noticia de la huída para siempre de su amante.

Ya sólo tendrá como consuelo el calor de los besos de su hija y la abnegación del hombre que la redimirá de sus pasadas culpas.

Josefina Cobeña, Rodrigo y la niña Muñoz estuvieron acertados en sus respectivos papeles.

Federico Gil Asensio fué llamado á escena muchas veces y saludado con grandes aplausos.

Ya sabe el culto poeta valenciano cuánto celebramos su triunfo.

(De *El Ejército Español*)

***

Federico Gil Asensio, el poeta valenciano que arranca de su lira sonidos que nos deleitan, ha estrenado una comedia titulada *Calor de besos*, en el Coliseo Imperial, que el público acogió con gran entusiasmo, haciéndole salir al final de la representación varias veces.

Federico Gil Asensio es uno de los nuestros y su triunfo nos alegra, tanto más cuanto que vemos que su estilo correcto, atildado, elegante, no ha sufrido quebranto en esta época, en que el chabacanismo y la grosería imperan en la escena.

Los artistas del Coliseo Imperial dieron acertada interpretación á *Calor de besos*, en particular la señora Espejo, Josefina Cobeña y Rodrigo.

Un aplauso sincero á Gil Asensio por el éxito merecido de su nueva producción.—*J. Villaseñor.*

(De *Eco Artístico.*)

***

Los aplausos conque rara vez no es premiado el autor de las obras que la acertada empresa de este elegante teatro pone en escena, han correspondido últimamente á Federico Gil Asensio, poeta de gusto exquisito y periodista de mérito inagotable.

En su nada pequeña labor que á diario ofrece en diferentes publicaciones este distinguido escritor, demuestra bien á las claras un estilo llano, nada afectado, impregnado de una delicada poesía y sensibilidad maravillosa que en alto grado cautiva la atención del lector, despertando en él una agradable emoción que le hace saborear las reconditeces de ese placer que, aun impresionándonos amargamente, no puede por menos de dejarse sentir cuando escenas de acerbo dolor nos son presentadas del primoroso modo con que las más de las veces Gil Asensio sabe hacerlo.

Esto lo ha hecho una vez más al dar á conocer su boceto

de comedia titulado *Calor de besos*, en el lindo teatrito de la Concepción Jerónima.

El selecto público que, como de ordinario, ocupaba la sala del Coliseo, comprendió todo el mérito que entrañan las escenas que forman la obrita en cuestión, y por eso, unánimemente, prodigó á su autor una verdadera salva de entusiastas y continuados aplausos, haciéndole presentarse en escena repetidas veces.

Con el acertado autor, al que se le presenta un expedito camino para luchar en las lides teatrales, compartieron también las palmas del auditorio los intérpretes de *Calor de besos*, que sacaron acertadamente sus papeles, particularmente las señoras Cobeña, Martín Gómez y Espejo, niña Muñoz y el señor Rodrigo.—*A. Palenques.*

(De *El Diario Español.*)

***

En el Coliseo Imperial se ha estrenado una comedia del notable escritor Federico Gil Asensio: *Calor de besos*, y es una lástima, verdaderamente, que obras así tan lindas y tan bien escritas vayan á parar á teatros como el Coliseo Imperial. *Calor de besos* es una comedia que en Lara habría sido acogida con más «calor» que en el Coliseo Imperial, con lo que, ni que decir tiene, lo que su aplaudido autor hubiera salido ganando.—*Colirón.*

(De *Madrid Cómico*)

***

Pocas son las obras teatrales que en la noche de su estreno logran arribar al puerto de salvación sin tropezar con uno ó más escollos («pateadores»). Pero entre esas pocas, entre ese número limitado de embarcaciones que tal suerte las amparó, se encuentra, sin duda alguna, la construída en los acreditados astilleros por Federico Gil Asensio, de *Mundo Gráfico.*

Anoche tuvo lugar en el Océano Imperial la botadura de la nueva nave intitulada *Calor de besos*, y construída en los citados «astilleros».

Al acto de la botadura asistieron innumerables admiradores de Gil Asensio, atraídos, no por los lazos de unión creados por su dulce trato, sino por la ansiedad de conocer su nueva producción teatral.

De la obra, poco puedo ya decir después de mi primer párrafo en esta información ¡nunca crítica! sólo añadiré á él que el éxito conseguido por Gil Asensio y el descalabro sufrido por el ejército de «pateadores», de los cuales en el Co-

liseo también había una representación, no tuvieron lugar á dar señales de vida.

La apreciación del valor de la obra fué unánime desde las primeras escenas hasta la última, en cuyo final, al caer la cortina, el público en general prorrumpió en una calurosa y nutrida ovación, prolongada durante las ocho ó nueve apariciones de Gil Asensio en el proscenio.

Ya he dicho que estas líneas no van en concepto de crítica, sino de mera información; mas no obstante, doy un átomo de «juicio», del poco que algunas veces dicen que poseo. Y mi juicio es, que en *Calor de besos* no puede pedirse más de lo que tiene. Pues la enjundia, la nota poética, el chiste y el diálogo imperan en toda la obra. Cosa poco común en los tiempos en que vivimos. Claro es que tal abundancia de valores estriba en que Gil Asensio piensa y siente como poeta que es y hace reir como «chistófilo», por aclamación.

En el logro de sus afanes cooperaron ardorosamente las señoras Cobeña, Gómez y Espejo, en compañía de los señores Rodrigo, Aguado y Cano.

La niña Muñoz ayudó también con la interpretación de su papelito.

Mi enhorabuena á Federico Gil Asensio y á la Empresa del Coliseo, que con *Calor de besos* seguirá «entrando en calor» la taquilla, como desde hace años acostumbra á hacerlo.—*I. Barrado.*

(De *El Popular.*)

*
* *

En parecidos términos se han expresado otros muchos periódicos, cuyas cariñosas opiniones, que el autor de esta obrita agradece tanto como las anteriores, omitimos por no hacer más extensa la reproducción.—N. del A.

Precio: UNA peseta